

## SEMÍRAMIS

---

Entramos en Caldea. Dios fué revelado por los hebreos á la historia; el hombre por los indios; el cielo por los caldeos. Estos oasis perdidos en los grandes arenales del Asia y alimentados por las aguas del Tigris y del Éufrates, parecen como un Egipto alzado en el más viejo, y más histórico, y más hierático de todos los continentes. Y así como el Egipto nos ha revelado el sepulcro y la muerte, nos ha revelado Caldea lo que hay allende nuestro sepulcro, el cielo y su perenne luz. Imposible imaginarnos en estos climas templadísimos nuestros lo que vale salir de un desolado y triste desierto, donde no brota una flor ni se da un solo fruto, abrasados por el sol, perseguidos por los animales feroces, expuestos á las tormentas súbitas, después de haber pisado el suelo encendido que rechaza vuestras plantas y haber llevado sobre la cabeza un



horizonte tal como plancha enrojecida, y entrar en el seno de grata tierra, bajo los ramajes propicios de los altos palmerales, en jardines donde todo el terruño huele y todo el aire canta, con los frutos más ricos á los alcances de vuestra mano y entre las mansas alimañas que os constituyen para vuestro alimento y recreo numerosos rebaños, múltiples atractivos aumentados por los contrastes que atraen allí las razas, y después de atraerlas con sus reclamos las fijan, y después de fijarlas hácenlas propias y aptas para una civilización superior, la cual, á modo y manera de planta, se aviva y se nutre con felicidad en tan pródidas humedades. Las altiplanicies del Irán piden al cielo lejano y al monte vecino sus aguas, y forman como una especie de territorio, desde donde invisiblemente se filtran aquellas y buscan hacia abajo, fluyendo y deslizándose las orillas del mar. La Mesopotamia se parece al estanque de Asia, que retiene las aguas pródidas para esparcir las en todas direcciones y regar terrenos abrasados. Los habitantes de aquellas montañas turanias, que han producido en sus laderas tantos pueblos, debían sentirse llamados por una vocación sobrenatural á dejar sus áridos pedregales é ir adonde una voz traída por los vientos les prometía pan y abundancia. Lo mismo pasaba con los montañeses del Tauro. Por consecuencia, triples

vertientes inclinadas desde las mesetas centrales del Asia interior al golfo pérsico, así como reunían los caudales de aguas en las cuencas del Tigris y del Éufrates, debían reunir las familias de razas y de pueblos en las riberas de ambos ríos, constituyendo naciones que han ornado el espacio, y han concentrado durante siglos la vida superior humana, y han contribuído luégo á la vida universal de todos.

Los contrastes entre los desiertos y los ríos en África y en Asia explican muchos secretos de la historia y señalan muchos derroteros al movimiento y camino de las razas. Nosotros no tenemos que ir muy lejos para ver y explicar esto. Comparad la despoblación de una meseta de la Mancha con la población de Valencia. El territorio manchego fluye una gran parte del agua con que se riega el territorio valenciano. Pero como el agua va escasa y honda por esta planicie, sin los abundantísimos caudales allegados, al acercarse á la mar no puede servir como sirve luégo, más abajo, en las florestas de Játiva, Carcagente y Alcira, á población feliz y numerosa. El Júcar valenciano podrá explicaros la grande atracción ejercida por el Tigris y por el Éufrates sobre los habitantes del Irán y sobre los montañeses del Tauro. ¡Qué diferencia entre un camino de arena y un camino de agua! ¡Cómo en aquél por todas partes se tropieza



con dificultades y en este último todo es facilidad y contento! ¡Cuán tarda la caravana en el arenal abrasador y cuán rápida la barca en el agua corriente! ¡Cómo el camello, y el avestruz, y el elefante, los barcos del desierto, concluyen por fatigar á los más habituados al movimiento, mientras la barquilla corre al impulso del agua y desciende al desemboque del río sin esfuerzo, permitiendo los esparcimientos del alma y dando tiempo y lugar para que las operaciones del trabajo intelectual se unan con las operaciones del trabajo material! Por reflexiones como estas se comprende que la posesión de las líneas fluviales haya sido el gran incentivo para los viajes en el período nómada de la historia y el gran incentivo para la conquista en el período guerrero. Los más pacíficos se arraigaban en sus orillas como los grandes palmerales, y los más arriesgados se dejaban conducir por sus corrientes en pos de cielos y de territorios nuevos. Así una explicación bien sencilla y natural á las peregrinaciones y á los encuentros de las razas varias en las orillas del Tigris y del Éufrates bajo los cielos de la Caldea. Por un lado, estos ríos facilitaban el paso al Mediterráneo europeo, y por otro lado el paso al golfo pérsico. De consiguiente, aquí debían encontrarse arios y semitas; aquí debían reunirse, para formar una civilización supe-

rior, razas que parecían desde su nacimiento contrarias y enemigas.

La Caldea es como el centro verdaderamente homogéneo de donde sale la heterogeneidad de tantas razas diversas. Todas tocan por algún lado al seno suyo. En las mesetas del Irán se han criado los arios, que luégo poblaron las orillas del Ganges y del Indo, los arios, denominados también iranios. De Caldea sale Abraham para ser como la raíz de todas las razas semitas. Del caldeo se derivan tarde ó temprano el medo y el persa. Con las raíces del pueblo caldeo se juntan las raíces del pueblo egipcio. Esos símbolos chinos, que parecen completamente aparte del movimiento general humano, se asemejan á los símbolos ó signos cuneiformes grabados en los ladrillos asirios. Del cielo de Caldea descienden las primeras revelaciones astronómicas. En las tierras de Caldea surgen los poemas cosmogónicos. De las aguas de Caldea se alzan y evaporan todas las tradiciones relativas al diluvio universal. Aquellos cuarenta días de lluvia que anegan todos los territorios hasta levantarse siete codos sobre los montes más altos, y aquella arca de Noé derivanse de los libros caldeos, cuyo lenguaje reproducen los libros santos. Y lo que decimos del diluvio también lo decimos del edén. Todas las tradiciones han convenido en colocar el Paraíso terrenal habi-



tado por nuestros padres en el sitio donde se acercan al mar el Tigris y el Éufrates. Naturalmente, las emanaciones marinas, mezcladas con la evaporación de los ríos, bajo aquel cielo tan claro y sobre aquella tierra tan pródiga, debían dar faunas y flores que apareciesen á los ojos de la humanidad como exentas de todo mal y revestidas de una inocencia en armonía con la vegetación de aquellos campos y con las estrellas de aquellos horizontes. Lo cierto es que todos conservamos en la memoria el Paraíso perdido como un lejano recuerdo generador de una verdadera nostalgia, y que todos convenimos en colocarlo allí donde las flores alzan sus corolas desafiando el aliento asolador de los desiertos y donde las estrellas dibujadas en el espejo de las aguas parecen referir misterios de lo infinito y alumbrar las vías triunfales del humano progreso. La gran extensión territorial, por un lado limitada con las mesetas iránias, y por otro lado limitada con el golfo pérsico, al beso de su sol y á la fecundidad maravillosa de sus aguas, se presenta en la idea humana como el espacio apropiado á poner en ella el sitio de nuestra inocencia y el recuerdo de nuestro Paraíso. Aunque no hubiera otros prestigios, bastaría con seguridad éste para que nosotros intentáramos estudiar en uno de sus personajes más célebres cómo se ha dado él tipo de la

mujer histórica en aquellos espacios tan maravillosos.

Como quiera que Caldea se relaciona tanto con los conceptos cosmológicos al género humano comunes, imposible hablar de su geografía y de su historia sin hablar al mismo tiempo de aquello que constituye su carácter esencialísimo, sin hablar al mismo tiempo de su cosmogonía. Beroso, adscrito al templo de Belo, habíala conservado en una obra, perdida casi, cuyos fragmentos se han reunido por citas más ó menos fieles de autores conservados en la memoria humana. Según esta cosmología, durante muchos siglos, en las alturas sólo hubo tinieblas y en los abismos aguas. Pero los abismos y las alturas comenzaron á sentirse mutuamente atraídos por el amor, y en este amor á engendrar seres semirreales y semifantásticos, esbozos de las creaciones futuras, ensueños de la incipiente vida. Las alas, privativas hoy de unas especies, uniánse á los cuernos privativos de otras. Las garras, que parecen adheridas á las aves carniceras, se mezclaban con las colas abigarradísimas de los pavones, como los pechos de mujer con el vientre de los pescados. Tenían muchos hombres sus cabezas terminadas por testuces de toro y su hendido pie de cabra. Los reptiles volaban por los aires y las aves se sumergían en los Océanos. De pronto pa-



saba un caballo con guejea y un león, á su vez, con pezuña. El unicornio tenía de los mamíferos, de los insectos, de los reptiles, de los peces y de las aves algo. Nadaba el hipocentauro por las aguas, y corría por los arenales, y volaba por los cielos. Las transformaciones no estaban reducidas, como las de hoy, á unos solos animales, que se truecan de larvas en gusanos y de gusanos en mariposas; cambiábanse los organismos como se cambian ahora las armaduras, y se vestían y se desvestían las formas todos los seres en una especie de universal metamorfosis, como ahora nos vestimos y nos desvestimos los trajes. Diríase la creación el estudio, bien de un pintor, ó bien de un escultor, de un artista plástico, donde junto á un esbozo medio comenzado hay un cuadro concluído; en el caballete cartones borrosísimos y en los tableros cabezas, y troncos, y miembros desligados de sus cuerpos respectivos; por el suelo alfombras y tapices multicolores; aquí una piedra donde se muelen iris, y allí una paleta donde se juntan matices; el traje vistoso por un lado y el esqueleto mondadísimo por otro; junto á un vaso de flores un montón de huesos; el modelo viviente y el maniquí recién vestido; todos los elementos necesarios para esas esferas superiores del arte, donde comienza otro universo espiritual muy superior á este bajo

y grosero en que nosotros habitamos confundidos con las especies inferiores. Tal era la cosmogonía del Beroso.

Reinaba sobre todo aquel caos una mujer. Esta superioridad concedida en la creación al bello sexo nos da como la clave del matriarcado propio á los tiempos primitivos. Una mujer era la mar llamada Thalatha, y una mujer la luna llamada Selene. Cuando la creación se hallaba en este período crítico y creador de las transformaciones sucesivas, apareció Belo, armado con larguísima espada, y cortó en dos grandes pedazos á la mujer primitiva. De una mitad sobrevino la tierra y de la otra mitad sobrevino el cielo. Entonces el período anterior acabó. Y vino la desaparición total de las especies anteriores, del todo ya extintas.

Aquellos hijos de la noche no pudieron soportar la luz y desaparecieron. Parecían aves nocturnas sorprendidas en sus cavernas de perdurables noches por un vivificador rayo de sol. Quedó, pues, la creación desprovista de seres orgánicos. Los árboles crecían y á nadie prestaban sombra. Olían las flores y no eran recogidas sus partículas por ningún olfato. Las frutas destilaban sus mieles, que se perdían tristemente. Aquello era un hogar sin dueño y un templo sin Dios. Belo quería poblarlo, henchirlo. Y para cumplir tal fin necesitaba un gran



sacrificio, pues sabida es la eficaz virtud que daban todos los antiguos, y entre los antiguos los asiáticos, al sacrificio. Mas Belo no quiso, no, sacrificar á nadie, y se ofreció él mismo en holocausto. Pidió á un dios que le cortara la cabeza, y en la sangre vertida con su completa separación del tronco empapó la tierra. Bien pronto sintióse fecunda ésta. El hombre, disgregado en lo posible del animal, surgió como una gran estatua sobre su peculiar ara. En la frente del hombre resplandeció el cielo de nuestro espíritu. Y sobre aquel cielo de nuestro espíritu brilló la humana inteligencia. Esta inteligencia se llenó de ideas casi al mismo tiempo que se llenaba el cielo de astros. Los hombres produjeron otros hombres y se mezclaron las razas. Tal mezcla trajo consigo muchos vicios y tales vicios muchos castigos. La nueva creación se vió entonces empujada con furor atrás y produciendo seres indicativos de fuertes reacciones hacia las edades anteriores. Una especie de monstruo, como los acabados al rayo de la luz, vino con cola de pescado y cabeza de mujer, anfibio, que pasaba sus días en la tierra y sus noches en la mar. Hubo en tal estado sus patriarcas, y estos patriarcas vivieron de un modo análogo á los bíblicos. La carne se corrompió como en las edades patriarcales bíblicas, y el Noé caldeo pasó por un diluvio idéntico al del Noé

sagrado y se salvó por los mismos procedimientos y con idénticos medios.

El arca del Noé caldeo se detuvo en el mismo sitio que se detiene para nosotros el arca del Noé bíblico, se detuvo en las cordilleras de Armenia y en el monte Ararat. Los hombres salvados del diluvio bajaron á las orillas del Éufrates y constituyeron aquellas sociedades primeras, especies de tribus primitivas, á las orillas del Tigris y del Éufrates. En cuanto estas tribus se relacionaron entre sí, constituyendo una grande sociedad, vino el imperio, y este imperio se personificó en diversas y sucesivas dinastías. Por la sucesión de tales dinastías descúbrese la sucesión de los tiempos caldeos. Párecense á esas zonas de terrenos, de las cuales inducen los geólogos la historia de nuestro planeta. Más de dos mil años antes que Cristo viniese al mundo reinaba ya una dinastía meda en Caldea; tras la dinastía meda vino una dinastía turania; tras la dinastía turania una dinastía caldea; tras la dinastía caldea una dinastía semítica; tras la dinastía semítica una dinastía puramente asiria, y estas dinastías se detuvieron al advenimiento de Phul, á quien sucedió Sardanápalo setecientos años antes de la venida de Cristo. Beroso dice que todas estas dinastías contaron treinta y cuatro mil años de duración; pero mi amigo, el gran Oppert,



uno de los primeros reveladeros de Caldea en nuestro siglo, reduce toda esta cifra increíble á otra mucho menor que no llega de ningún modo á dos mil quinientos años. Por todo cuanto acabamos ahora mismo de indicar, descúbrese bien claramente cómo la tierra ésta es una tierra esencialmente sintética. Hemos visto pueblos reclusos en sus desiertos y en sus dogmas como el pueblo hebreo; hemos visto pueblos componiendo una gran familia con caracteres idénticos y con los mismos dioses desde las cumbres del Himalaya, ese monte sublime, hasta la desembocadura del Indo y del Ganges; hemos visto un pueblo aparte, tras su altísima muralla, aislado, como el pueblo chino, cada cual con su respectiva índole y con su respectiva denominación; pero ninguno alcanza el carácter sintético de Caldea, colocada en el cruce de tantos caminos, compuesta por la mezcla de tantas razas, vecina de Armenia y del Caspio por un lado, y vecina del mar Mediterráneo y del Tauro por otro, llamada por la confluencia de sus dos grandes ríos á ejercer su soberano influjo sobre los senos del Océano pérsico, y que podrá detener así, bajo la sombra de sus jardines y al pie de sus esfinges, las caravanas del desierto y las escuadras del mar.

Nínive y Babilonia representan el comercio facilitado y sostenido por la conquista. Mientras tama-

ña función social estuvo reducida de suyo á los cambios sencillos que permitía la vida nómada, no necesitó el auxilio de los ejércitos; bastábale aquel báculo de patriarca semejante á un cetro y aquellas armas defensivas de los jóvenes peregrinos para comandarse y defenderse como tribu mercantil errante. Pero así que la vida comercial se dilatara, pasando á los caudalosos ríos y á los inmensos mares, pidió primero un depósito en las encrucijadas mayores de sus caminos y después un ejército resuelto á romper por todo, abriendo plazas al comercio, y una vez abiertas, más resuelto aún á defenderlas contra la sumisión forzosa que las niega, contra la rivalidad que las ofende, contra la competencia que las ataca, contra la sublevación que las saltea, contra la conquista que las rinde y somete.

Allá, por los tiempos primitivos, creíase muy de veras mejor, mucho mejor, guardar que vender. Para conseguir amplios mercados necesitábase llamar á ellos con la espada y convertir los cambiantes de productos en vasallos del Imperio. Para que pudiese prevalecer el comercio sobre la guerra precisaba un agujijoneo intenso de la necesidad y un espacio fácil al cambio. Las colonias antiguas aparecen al pensamiento como mercados forzosos, abiertos por aquellas expediciones á lo Jasón y á lo



Ulises, semiguerreras y semicomerciales. Pero estas colonias vendrán más tarde y serán obra de griegos y fenicios: el período caldeo se distingue por la conquista fuera, por el imperio dentro. Aquellos emperadores en último resultado son generales que guardan y vigilan un gran mercado con las vías inmensas á ese mercado conducentes. Aquella línea del Éufrates, que tocaba en el Asia Menor y en Siria, fluía de Armenia, pasaba desde Armenia en descenso á los desiertos asiocaldeos hasta convertirse como en una especie de Océano interior y entrar en el golfo pérsico por desembocaduras muy atractivas á la navegación, debía suscitar ciudades como Babilonia, y en Babilonia reunir productos como los que llegaban allí de los cuatro puntos cardinales por las fáciles vías fluviales y por esas dos inmensidades tan fecundas como el mar y como el desierto. Así comenzó el comercio en grande; no pudo comenzar de otra suerte. Los pueblos apartados jamás salieron de su quietud, contentándose, á lo sumo, con expedir alguna modesta caravana, de no penetrar en ellos la conquista con todos sus furrores para constreñirlos rotos en sus fuerzas y despojados de su independencia y expulsos de su ciudad, á llevar lejos los productos del trabajo y cambiarlos por otros productos análogos, indispensables todos ellos al crecimiento y centuplicación de la

vida humana, quien, por virtud de tales medios, se agranda y hermosa.

Hase ya el desierto voraz tragado las capitales caldeas como si fueran sus arenas oleajes y abismos oceánicos. Después de asombrar al mundo han desaparecido hasta sus huellas, cual desaparecen los pasos de las caravanas en los infinitos arenales. Aquellos varios escombros, esparcidos aquí ó allá, semejantes á los esqueletos de tantos vivos como salen, cual petrificados, so las montañas promovidas en minutos por el simoún impetuoso; aquellos escombros parecen, cuando no colinas naturales, túmulos de huesos, montones de cadáveres, cementerios de razas, despojos y nada más que despojos del tiempo, fragmentos de un planeta derruido, carbones de un sol apagado, apocalípticos ceniceros. Quien, al ver una montaña en el desierto, cuyas aristas se dibujan como arboladuras y velámenes en la soledad inmensa de alta mar, una montaña que las plantas parietarias cubren bajo un frío cendal, nido de milanos sus cúspides, madrigueras de tigres sus bases, créela, ó bien aquella torre de Babel detenida en su ascensión al furor del cielo, provocado por la soberbia del hombre, ó bien aquellos jardines de Semíramis y de Nabucodonosor, á cuya sombra se guarecían los camellos con sus caravanas y los barcos con sus tripulaciones,